

MUERTO ILUSTRE

Ayer falleció en Madrid el capitán general don Valeriano Weyler

A las tres menos diez minutos de ayer tarde falleció el capitán general Sr. Weyler.

En los últimos momentos estuvo acompañado por sus hijos doña María, D. Valeriano, D. Fernando y D. Antonio; el doctor Huertas y otras personas de la intimidad de la familia.

Hoy por la tarde se verificará el entierro.

Los restos del príncipe de la milicia recibirán sepultura en la Sacramental de San Lorenzo, donde está el panteón de la familia.

Más detalles

A pesar de la reserva guardada por la familia sobre el fallecimiento del general Weyler, la noticia, como no tenía menos de suceder, llegó a los centros oficiales poco después de las tres de la tarde.

A la casa mortuoria acudieron inmediatamente los ministros de la Gobernación y Trabajo, el gobernador civil, el subsecretario del ministerio del Ejército, general Goded, y muchas personalidades más.

A las cinco y media de la tarde, y en vista de la insistencia con que circulaba por Madrid la noticia del fallecimiento, nos trasladamos al domicilio del general Weyler, donde el portero tenía orden terminante de no dejar pasar a nadie, y cuando se trató de comprobar por este servidor la verosimilitud del rumor, se limitó a decir que él no sabía nada.

Deja una disposición testamentaria para que no se le rindan honores.

Por cumplir una disposición testamentaria, hasta última hora de la tarde no se quiso confirmar por parte de la familia del anciano general Weyler la noticia de su muerte. En la casa se tuvieron abiertas las puertas durante toda la tarde, y el portero y la servidumbre tenían órdenes severas de no dejar pasar si no a aquellas personas que llevasen una representación oficial y además de que negasen rotundamente el fallecimiento del general.

A las cuatro de la tarde llegó el ministro de la Gobernación, que firmó en unos pliegos colocados en la portería de la casa del general Weyler durante su enfermedad, y ante los periodistas que allí se encontró recordó el ministro la gran amistad que le unía con el capitán general del Ejército.

Poco después llegó el ministro de Trabajo, quien manifestó a los periodistas que, según sus noticias, el general había fallecido sobre las tres de la tarde.



El capitán general D. Valeriano Weyler

No obstante esto, en casa del general continuaban guardando reserva; y preguntados los ayudantes, que salieron de ella momentos antes de las seis de la tarde, manifestaron que nada sabían.

Pero la noticia se había ya extendido por Madrid, con el detalle de que el general Weyler había dejado una disposición testamentaria de que no se hiciese pública la noticia de su muerte hasta que ya estuviese verificado el entierro.

El general Goded, subsecretario del ministerio del Ejército, llegó a casa del finado para ponerse de acuerdo con la familia respecto a los honores fúnebres.

El general Goded salió cerca de las siete, y bajó acompañado del teniente coronel Sicardo, que, como se sabe, era ayudante secretario del duque de Rubí.

A preguntas de los periodistas, el general Goded dijo que el Sr. Sicardo daría detalles de la defunción del general.

El teniente coronel Sicardo entregó entonces al portero un pliego que decía:

El capitán general del Ejército D. Valeriano Weyler ha muerto. Por disposición del finado, ni se avisará la hora del entierro ni se admitirán coronas."

El capitán general Weyler se hallaba en los momentos de su defunción, las dos y cincuenta y cinco de la tarde, rodeado de sus hijos y ayudantes.

Desde hace cuatro días asistía constantemente al anciano general un fraile de la Orden de los Camilos.

También este fraile se encontraba en el momento de la defunción. El general Weyler perdió el co-

nocimiento por la mañana, a las siete, y ya no lo volvió a recobrar. Señalaban en su casa la coincidencia de que hubiese muerto el mismo día del mismo mes y a la misma hora que una hija suya llamada María Luisa.

Frecuentemente, cuando el general Weyler se veía precisado a asistir a algún entierro, se le oyó mostrarse disconforme con tanto aparato, y más de una vez dijo a sus hijos y al teniente coronel Sicardo: "El día que yo me muera no quiero nada de esto. Lo más sencillo que sea posible, y con la menor concurrencia posible también."

En previsión de que este deseo verbal no fuese cumplido ante el probable deseo oficial de hacer honores, el marqués de Tenerife ha dejado escritas unas cuartillas que confirman lo anteriormente expuesto. Que quería el mayor secreto respecto a su entierro.

Existía la creencia de que el Gobierno respetaría esta disposición, y por tanto que el entierro se haría con toda sencillez.

En casa del finado se guardaba extremado secreto sobre la hora en que se ha de verificar el sepelio; pero por referencias que nos merecen entero crédito, el entierro se verificará, sin pompa alguna, a las cuatro de la tarde.

El Gobierno se informa de las disposiciones testamentarias

Desde la casa mortuoria, el ministro de la Gobernación se trasladó al ministerio del Ejército. Poco después llegó el ministro de Hacienda, y ambos ministros celebraron una conferencia con el presidente.

Hasta el jefe del Gobierno había llegado una referencia según la cual el duque de Rubí había dispuesto que no se le rindiesen honores. Para conocer lo que hubiese de cierto y preparar, en caso contrario, todo lo concerniente con el acto del sepelio, se acordó que fuese a la casa mortuoria el subsecretario de Ejército, quien, una vez en ella, confirmó la existencia de tal disposición y el decidido propósito de la familia de respetarla rigurosamente.

Pésame del príncipe de Asturias

El príncipe de Asturias llamó por teléfono a las cinco de la tarde a la casa mortuoria y se enteró de la defunción.

Poco después envió a la casa mortuoria a su ayudante marino, Sr. Bobadilla, quien dió el pésame a la familia en nombre del príncipe.

El entierro, de tercera

En la disposición testamentaria parece que el general Weyler expresa su deseo de que no asistan representaciones oficiales ni comisiones del Ejército y que el entierro sea de los de tercera clase. La conducción del cadáver se hará a las cuatro de la tarde, y recibirá sepultura en el panteón de familia, en la Sacramental de San Lorenzo.

Unas frases del general

Un íntimo amigo del general Weyler nos refirió que en su pasada enfermedad el general habló acerca de los entierros con honores.

—Son todo molestia—decía—. Luego, desde el más alto al más bajo que tienen que formar, dedican un recuercito al muerto. Yo no quiero que a mí me rindan honores. Y no me los rendirán. Bien es verdad que de ésta no me muevo, porque no quiero morir. Aún tengo que ver muchas cosas.

La orden de la plaza

En la orden de la plaza se da noticia del fallecimiento del capitán general Sr. Weyler, inspector general del Ejército, y se advierte que por reiterada disposición del finado no se le rinde ningún honor oficial.

Los pliegos se llenan de firmas

Los pliegos colocados en la portera de la casa mortuoria se han llenado inmediatamente de firmas. Han desfilarado todos los ministros, generales, jefes y oficiales y personalidades eclesiásticas y políticas.

DATOS BIOGRAFICOS

La familia del general Weyler es de origen prusiano, y sus antepasados se establecieron en España a principios del siglo XIX, dedicándose casi todos ellos a la milicia.

Nació D. Valeriano Weyler en Palma de Mallorca el 17 de septiembre de 1839, y muy joven ingresó en el Colegio de Infantería de Toledo. Una vez conseguido el empleo de teniente, curso en la Academia especial para Estado Mayor, de la que salió con el número 1 de su promoción, y con el empleo de capitán.

Por aquella época había estallado la insurrección de Santo Domingo. Weyler marchó a campaña de voluntario, recibiendo su bautismo de sangre en el combate de Baudillo, donde fué muy felicitado por sus jefes, no sólo por el valor de que había dado pruebas, sino por su pericia en el mando de las tropas. Tomó parte después en las acciones de Managuabayo, Monte Fundación y toma de San Cristóbal, donde se distinguió de manera tan notable que fué propuesto para el empleo de teniente coronel. Pero su mayor mérito en aquella campaña fué la marcha realizada desde San Cristóbal a la capital, con 120 hombres y seis caballos, sosteniendo constantemente combates con un enemigo muy superior en número. De cómo peleaban aquellos hombres da idea el hecho de que al llegar al río Jaina no le quedaban a Weyler más que una media docena de soldados y un oficial dominicano, que era el guía. Fué verdaderamente milagroso que Weyler y sus seis soldados llegasen con vida a Santo Domingo.

Al llegar la columna, ordenó el

general de la división que el ejército formase y que se tributara al oficial Weyler honores de capitán general del Ejército. En la orden general de los ejércitos de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo, fué publicado este hecho heroico por el cual obtuvo la cruz laureada de San Fernando.

Al iniciarse en 1868 la primera guerra separatista de Cuba, Weyler se trasladó a esta isla y prestó grandes servicios como jefe de Estado Mayor, particularmente en la toma de Bayamo, en la que aplicó un sistema propio de flanqueo, copiado después por numerosos generales para las guerras de colonias.

Weyler se encargó por aquel entonces del mando de 1.500 infantes y cien caballos, que había organizado el comercio de la Habana. Obró con tal eficacia al mando de su columna, que cuatro veces fué propuesto para el empleo de brigadier, el cual no se le confirió por ser demasiado joven.

Al mando de 40 soldados y 20 jinetes, presentó Weyler combate al cabecilla Vicente García, que mandaba mil hombres, y con su escasa fuerza derrotó al enemigo, perdiendo más de la mitad de los hombres que mandaba.

Siendo comandante militar de Holguín defendió la plaza contra los ataques de los insurrectos, que no pudieron tomarla, y continuó combatiendo en la isla de Cuba hasta que en 1873 fué nombrado brigadier, y se trasladó a España para tomar parte en la campaña contra los carlistas. Poco después de desembarcar entraba en fuego, derrotando al cabecilla Santés, en Bonairente, y asistiendo a otros numerosos hechos de armas en Cataluña y en las Vascongadas.

En 1874 ascendió a mariscal de campo por méritos de guerra, y tomó Vendrell, poniendo en fuga a las tropas del cabecilla Tristany, salvando a la población de un saqueo que se creía irremediable.

Al mando de la tercera división del ejército central, persiguió a los carlistas de Aragón, Valencia y Cataluña, impidiendo que las fuerzas absolutistas del Maestrazgo pudiesen pasar para ayudar a los defensores de La Seo.

Al concluir la guerra carlista fué nombrado teniente general, en 1879 pasando a desempeñar la Capitanía general de Canarias, donde estuvo varios años; por los servicios allí realizados se le confirió el título de marqués de Tenerife.

Después de una corta temporada, en que fué capitán general de Baleares, fué nombrado capitán general de Filipinas, en 1888. Hizo allí la trocha militar de Tukuran a Misamis (Mindanao), ocupó Parang-Parang, en la bahía de Poyot, construyendo varios cuarteles y un fuerte.

Los moros de Mindanao se habían declarado rebeldes hacia España, y contra ellos emprendió

Weyler una activa campana, que después terminó el general Blanco. Con 1.200 hombres solamente derrotó Weyler a los moros en la bahía de Lanao, concediéndosele por este hecho de armas la gran cruz de María Cristina.

En 1891 pidió voluntariamente que se le relevara de su cargo, y regresó a España, donde permaneció de cuartel una breve temporada, mandando después la sexta y cuarta regiones militares. Con motivo de los atentados anarquistas de Barcelona en 1894 y 95, tomó Weyler importantes medidas para la defensa del orden, que no llegó a alterarse.

Poco después estalló en Cuba la insurrección, que había de dar fin al dominio español en las Antillas. La opinión en la Península se hizo opuesta a la política que seguía el general Martínez Campos, a quien se le acusaba de débil, y empezó a demandar un general que procediera con más energía. Weyler entonces hizo sus célebres declaraciones, preconizando que a la guerra había que contestar con la guerra, y el Gobierno de Cánovas del Castillo se hizo solidario de este criterio, y nombró a Weyler generísimo del ejército de Cuba.

En la memoria de todos están los hechos dolorosísimos de aquella época de nuestra historia. En la ocasión presente no queremos emitir juicio, y solamente diremos que los procedimientos de Weyler tuvieron y tienen grandes impugnadores. El sistema de concentración ideado por él en Cuba fué imitado después por los ingleses en la guerra que sostuvieron contra los bóers. Su célebre trocha, con la cual pretendía encerrar al enemigo en una región determinada y librar a la Habana de un posible ataque, resultó un absoluto fracaso.

Regresó a España en otoño de 1897, rodeado de una verdadera popularidad, y en aquel entonces se llegó a hablar de un golpe de Estado para que pudiese Weyler, sin

las trabas de la política, realizar sus planes coloniales. El desastre de 1898 hizo que poco a poco se fuera apagando aquella popularidad que muchos trocaron en aver-sión.

Cuando el movimiento de la Unión Nacional, en 1899, Weyler se puso a favor de él declarando que el país necesitaba Gobiernos fuertes, régimen democrático y Parlamento verdad.

D. Valeriano Weyler fué ministro de la Guerra en varios de los Gabinetes de los primeros años del reinado de D. Alfonso XIII, y siempre en el partido liberal.

En 1910 fué ascendido a capitán general, encargándosele del mando de la región catalana. Poco después publicó su célebre libro "Mi mando en Cuba", en que pretendía justificar sus actos, y en el cual lanzó la afirmación de que hubiera terminado la guerra felizmente para España si continúan sus procedimientos.

Posteriormente fué jefe del Estado Mayor Central, capitán general de Cataluña por tercera vez y presidente del Consejo Supremo de Guerra y Marina.

Cuando hubo de abandonar el segundo de los citados puestos, en julio de 1920, por una discrepancia con el Gobierno, el Rey premió sus servicios nombrándole duque de Rubí, con grandeza.

El general Weyler, que ha tenido siempre un concepto muy rígido de la disciplina militar, no intervino en la política vocinglera de su tiempo; pero sus inclinaciones fueron siempre hacia los partidos liberales. Con ocasión de la dictadura de Primo de Rivera mostró en diversas ocasiones su respeto a la Constitución y su discrepancia con un régimen ilegal. Por eso pudo encarnar en él el movimiento de la noche de San Juan de 1926, donde por primera vez se exteriorizó el disgusto del pueblo y el Ejército. Weyler firmó con el general Aguilera el manifiesto constitucional que explicaba el carácter y finalidad de aquel frustrado movimiento. Es probable que si Weyler hubiera tenido edad más de acuerdo con la actividad que exigen esta clase de luchas, aquel acto tuviera desenlace distinto, muy de acuerdo también con la actitud del valiente general Aguilera. Weyler compareció ante el Consejo de guerra, y la Dictadura pudo añadir a sus vergüenzas la de hacer sentar en el banco de los acusados, no sólo a la más gloriosa representación del Ejército, sino a una de las personalidades nacionales más fuertes y respetables. Weyler declaró no haber firmado materialmente el documento, pero se mostró conforme con los conceptos del mismo que le habían sido previamente consultados. El Consejo de guerra le absolvió en aquella ocasión y condenó al general Aguilera, al coronel Gar-

cia y a varios oficiales.

Posteriormente, en declaraciones a un periodista, dijo: "Mis entusiasmos de siempre son por la libertad y por la democracia".

A raíz de una enfermedad, y al ser interrogado sobre la caída de la Dictadura, dijo que si fuera posible un nuevo dictador y él tuviese ocasión de hacerlo, no vacilaría en fusilarlo.

En octubre de 1928, siendo jefe del Estado Mayor Central, la Dictadura, estando en viaje oficial, lo desposeyó de su cargo.

Poco después cumplía noventa años, con cuyo motivo sus paisanos le hicieron muchos agasajos, y en el mes de diciembre del mismo año, al llegar a los setenta y cinco años de vida militar, fué objeto de muy expresivas manifestaciones de afecto por parte de numerosos elementos militares y civiles.

El marqués de Tenerife, duque de Rubí, era académico de la Historia, coronel honorario del regimiento de Infantería de Aragón, número 21; caballero del Toisón de Oro y de San Fernando; poseía las grandes cruces españolas militar y naval rojas, la de María Cristina, San Hermenegildo y Carlos III, y entre otras condecoraciones extranjeras, las de San Benito de Avis y el Cristo, de Portugal; el gran cordón de la Legión de Honor; la Pontificia del Santo Sepulcro y Bailío de Castilla de la citada Orden; el Elefante Blanco, de Siam; San Mauricio y San Lázaro, de Italia; el Mérito, de Chile; etc.

Deja escritas varias obras: "Memoria justificativa de las operaciones en Valencia, Aragón y Cataluña" (1875), "Mi mando en Cuba" (1910) y "Valor de la Historia en el arte militar".



EL CAPITAN GENERAL WEYLER

HA FALLECIDO EL DIA 20 DE OCTUBRE DE 1930

R. I. P.

Su familia suplica una oración por su alma.

Por expresa voluntad del finado no se invita al entierro ni se admiten coronas.

Sol. Ob. 21/30

IONIO DOCUMENTAL HISTORICORAFANA